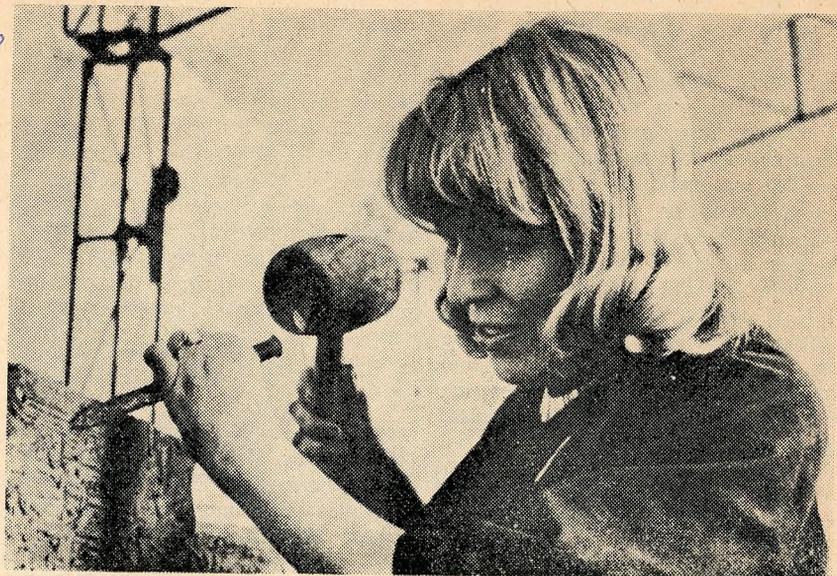


**COMENTARIOS  
NACIONALES**

Enero 1969



**Marta Colvin**

POR: N. ANTÚNEZ

Esta era una señora rubia, casada, con tres hijos, vivía con su marido agricultor en un fundo cordillerano, Chillán adentro.

Una tarde de lluvia recogió en su automóvil, en el camino, a una mujer con un cajón. Era la maestra de escuela que llevaba greda para modelar. Ante la curiosidad y las preguntas de la señora que manejaba, le obsequió un pedazo de esa greda y le dijo que probará: "Haga algo, una cabeza, cualquier cosa". Dejó a la maestra en la escuela y la señora del auto siguió hasta su casa; le dio la comida a los niños y se instaló en la galería con la greda.

Hizo allí su primera obra escultórica. Hasta ese entonces había hecho dibujos bordados, decoraciones de muebles, cosas que hacen las señoras hacendosas. Al día siguiente, por falta de conocimientos técnicos, su obra estaba destrozada, partida, en el suelo. Fue de inmediato, desesperada, donde la maestra que le dio las instrucciones elementales y la alentó a seguir.

Así, por una casualidad lluviosa, que sin duda se habría presentado fatalmente más tarde en otra forma, Marta Colvin descubrió la escultura a la que luego dedicaría su vida.

Vino a Santiago; estudió en la Escuela de Bellas Artes con Julio Antonio Vásquez; estudió todas las técnicas. Viajó luego a Francia y a Londres. Influenciada por la escultura europea hizo grandes figuras, maternidades estilizadas de madera pulida, formas perforadas. El inglés Moore, el rumano Brancusi, Zadkine, Etienne Martin imprimieron sus ideas en las obras de la chilena chillaneja, incansable buscadora de su propia personalidad.

Hasta que devuelta a Chile de uno de sus innumerables viajes, en 1960 vio la Cordillera, vio esa inmensa masa de granito en que terminan todas las calles de Chile. Vio América, fue a empaparse en lo americano en Macchu Picchu, en Teotihuacán, en Pascua.

Deja las formas pulidas europeas, va a la cordillera, acarrea grandes trozos de granito; los talla toscamente; deja que se vea la huella del cincel; construye torres monumentales, épicas. Comienza a enviar pedazos de cordillera a Sao Paulo, gana el gran Premio de escultura en la Bienal del 65. Manda cordillera a París; una de sus obras se expone

permanentemente en Museo Rodin; en Londres, está en un parque ese pedazo de los Andes tallado por Marta. En Washington, en Tokio. Son arquitecturas que se elevan grandiosas, toscas, formas contemporáneas que sugieren civilizaciones desconocidas, síntesis de antepasados andinos. Ingeniosamente, como no podía transportar a exposiciones al extranjero enormes bloques, Marta —la señora siempre hacendosa— los fue cortando en trozos. Dice ella: "como tengo yo misma que mover las piedras en mi taller, las hago a la medida de mis fuerzas". Luego las combina, las coloca, compone con ellas su arquitectura propia.

La madera, grandes vigas compradas en demoliciones de casas viejas, las corta, las marca con innumerables cortes de serrucho, las tortura con el cincel hasta que le da esa reciedumbre, esa tosquedad que determina su estilo personal.

Dos encuentros, aquel con la maestra y la greda en la lluvia de Chillán y luego, volviendo de la civilizada Europa, el descubrimiento de la cordillera y lo andino han dado a esta esforzada mujer fuerte, recia, infatigable, aunque de dulce apariencia y trato amable, la categoría de una artista, de una escultora, de una personalidad internacional, digno Premio Nacional de Arte 1970.

Algo interesante. Cuando el jurado determinó que le correspondía a un escultor este premio que se da cada tres años a un artista plástico, los cuatro candidatos que llegaron a las finales fueron 4 mujeres escultoras: Blanca Merino, Laura Rodig, Lily Garafulic y Marta Colvin. Dos escultores lo han recibido anteriormente, José Perotti y Samuel Román.

Dos hechos determinan el carácter de Marta. Primero, reconoció públicamente que su maestro Julio Antonio Vásquez era el verdadero merecedor del Premio Nacional, y le cedió la mitad de los 20.000 escudos otorgados a ella. Segundo: visitando la nueva población "La Pincoya", al margen de Santiago, se le ocurrió hacer con sus alumnos de la Escuela de Bellas Artes una escultura que representara "La Pincoya", la sirena de la mitología chilota, la que dicen que está siempre sentada en la playa y que si mira al mar, la pesca será buena, si a la tierra, mala. Marta llegó a la población con sus alumnos y su colaboradora Berta